

UN MAESTRO DEL AMOR

4º-5º

Hace mucho tiempo caminaba por los hermosos caminos del sol poniente un hombre del que mucho se hablaba. Se contaban milagros y maravillas de sus hechos y lo llamaban el Maestro del Amor.

Tenía la peculiaridad de que nunca se sabía dónde se encontraba en determinado momento. Aparecía y desaparecía misteriosamente; por lo común, lo acompañaba uno de sus discípulos más dedicados.

Un joven noble, que no se preocupaba tanto por su nombre como por su preparación y crecimiento personal, tuvo el deseo de conocer a dicho *Maestro del Amor*. Muchos esfuerzos y muchos recursos había ya dedicado al aprendizaje; así que tampoco escatimó recursos y esfuerzos para buscar la huella del *Maestro del Amor*. Lo había buscado durante casi tres años, de un país a otro, sin descanso.

Un día, cuando caían los rayos dorados del sol tras las montañas, llegó a una aldea donde oyó que pocas horas antes había pasado el *Maestro*. Lo último que había hecho -le dijeron- fue bendecir el campo de **una viuda** pobre para que rindieran mejor sus sembrados. Después se había dirigido hacia el cercano bosque en busca de una capilla que allí se encontraba.

Aunque ya se estaban ocultando los últimos rayos del sol, el noble se despidió rápidamente, subió a su caballo y galopó hacia el bosque.

No había caminado mucho tiempo cuando se encontró con dos caminantes: un anciano venerable con mirada clara y profunda y un joven con cara nada interesante, al igual que sus ropajes, pero con porte muy erguido.

El joven noble bajó de su caballo, se inclinó profundamente y dijo:

-“¿Se me permite saludar al *Maestro del Amor*? ¿Me será permitido acompañarlo?”

El anciano no respondió. En silencio, pero con amabilidad movió la mano en tanto que el joven acompañante quedó inmóvil a su lado. El joven noble se alegró de esta conducta modesta que observó del anciano *Maestro del Amor*. Gustoso quería seguir la mano del anciano. Por mucho tiempo lo había venerado y ahora, al conocerlo, lo encontraba también digno de su cariño.

Tomó su caballo por las riendas y fue junto a los dos caminantes hacia la noche que se iba acercando. Para él fue penoso pensar que tenía un caballo, mientras que sus acompañantes caminaban por el mundo a pie y tan pobres.

Marchaban así, cuando encontraron a **un pobre pidiendo limosna**. El anciano le tendió la mano y le regaló un ducado. El joven quedó parado en silencio. Fue entonces cuando nuestro noble tuvo una bella idea: se acercó lentamente al que pedía limosna y le ofreció su caballo como regalo. Muy complacido, éste aceptó el regalo del noble.

Cuando se hubo marchado el limosnero con su flamante nuevo caballo, el anciano murmuró una palabra de halago.

-*“Esta fue mi primera enseñanza con el Maestro del Amor”* -pensaba el noble con el corazón lleno de regocijo,- *“lo demás ya vendrá”*.

Sólo una cosa le extrañó. El joven se encogió de hombros.

Pronto llegaron a la capilla del bosque; cerca de ella se situaba la casita del guardabosques. Éste había ya muerto, pero **su viuda y su hija** vivían todavía en la casa. A los caminantes les fue permitido pernoctar allí. Ellos a su vez ayudaron por la mañana a cortar leña y a cargar agua. El joven ayudó labrando con la pala algunos pedazos de tierra del jardín.

Por la mañana emprendieron el camino, la hijita del guardabosques les trajo unas violetas de despedida, un ramito para cada uno de los caminantes. Luego les fue saludando con las manos mientras se iban alejando.

En los siguientes pasos, el joven aventó el ramito sobre sus espaldas y, por mucho que la joven hija movía la mano, él no se volteó ni una sola vez. El anciano miró sorprendido al joven, pero nada dijo.

-*“¡Qué grosero!”*, -pensó el noble,- *“¡Qué cosas hace en presencia del Maestro del amor!”*

Al mediodía llegaron donde había un convento de monjas. Su **abadesa** tenía fama en toda la comarca por la dulzura de su carácter. Nadie recordó que jamás hubiera escapado de sus labios una mala palabra.

La bondadosa jefa ordenó que a los forasteros se les deleitara con manjares exquisitos. Después, a petición del noble, los condujo a los tres por habitaciones sencillas, pero de buen gusto y de atmósfera acogedora.

-*“Aquí está el cuarto de mis devociones”* -dijo ella en voz baja mientras mostraba un pequeño aposento de difusa luz. La luz solar, al refractarse sobre una vidriera de oro y vidrios delicados hacía resaltar un retrato maravilloso de Santa Cecilia.

Todos entraron con paso temeroso. El joven se adelantó y ... ¡tropezó! Quiso indicar con su bastón hacia la vidriera, resbaló y al caer dio con el bastón contra la vidriera. Con gran estruendo cayeron los vidrios al suelo. Todas las demás personas gritaron. El mismo joven exclamó con cierto aire de satisfacción:

-*“¡Oh,... es vidrio!”*

La anciana abadesa y guía, temblaba. Las lágrimas brotaban de sus ojos, se ruborizó y dijo:

-*“¡Que ese mozalbete se cuide más y que Dios le perdone su pecado”*.

Y sollozando se dirigió al anciano señalando el cuadro:

-*“¡Esta es la imagen ante la cual practiqué mis votos durante cuarenta años”*.

El anciano se calló molesto, pero lo único que hizo fue encogerse de hombros.

Al noble le ardía su bastón en su mano, pero se dominó y se limitó a contemplar al anciano de mirada clara y profunda. Cuando éste, con humildad besó la mano de la abadesa, el noble pensó:

“Qué gran Maestro del Amor es él. En verdad, a su lado yo también llegaré a ser muy grande”.

Cuando nuevamente se hallaban de camino, el noble se apartó hacia un lado con el anciano y le murmuró:

“-No debiera usted consentir en esta forma de comportamiento de su acompañante”.

El anciano sacudió la cabeza.

Al atardecer llegaron a la ciudad y fueron donde un **médico** que acababa de terminar de escribir un gran libro.

Como este médico estaba acostumbrado a recibir visitas, dio una cordial bienvenida a los tres caminantes diciéndoles:

“-Ustedes pueden pasar la noche en mi cuarto de estudios si es que no les molesta mucho el polvo”

El anciano sonreía diciendo:

“-¡Pero si venimos por un camino de tierra!”

Pronto éste se puso a conversar con el médico en doctas lecciones mientras que los demás escuchaban. Oían cómo el anciano contaba en detalle el efecto de las plantas que florecen en la primavera, el efecto de las que florecen en otoño, el de las hierbas comunes que tienen virtudes terapéuticas con una determinada posición de la luna, y el de otros miles de secretos de íntima asociación entre plantas y humanos.

El médico escuchaba fascinado y tomaba apuntes. Tenía un puñado de hojas de papel que había juntado cual libro. Las desató y siguió tomando apuntes en ésta y aquella hoja, mientras que el anciano continuaba hablando gozoso, pues veía el gran entusiasmo del doctor.

“-¡Un Maestro del Amor y del saber!” -pensaba admirado nuestro noble.

Como todavía no estaba muy avanzada la temporada del año y la noche anunciaba ser fresca, se prendió el fuego en la chimenea. Al mismo tiempo, querían respirar la fragancia nocturna de las flores jóvenes afuera, por lo que dejaron abierta una ventana.

El anciano relataba, el médico escribía, los demás escuchaban tan embelesados que nadie allí se dio cuenta de que en el cielo vespertino apareció una nube oscura. De pronto, una ráfaga de viento entró en el cuarto allí dispersando algunas de las hojas, haciéndolas volar bruscamente hacia el jardín.

El doctor, el anciano y el noble se precipitaron saliendo fuera de la casa. La tormenta se iba acercando ... *¡Qué desgracia si las preciadas hojas se perdieran!*

Las ráfagas se seguían una tras otra. Todos corrían para atrapar las hojas y nadie se percató de que el joven permanecía dentro de la casa. Finalmente lograron recuperar todas.

-*“¡Esto hubiera podido terminar en desgracia!”*. -dijo exhausto el médico.

Felices con su hazaña, los tres volvieron a entrar en la casa, pero casi de desmayan cuando un espeso humo les salió al encuentro. Y es que una de las ráfagas había empuñado las demás hojas del interior y las había hecho volar sobre el mismo fuego de la chimenea. Algunos pedacitos ya carbonizados y encogidos volaban por la habitación mientras un puñado de hojas ardía sobre la leña.

El joven se encontraba frente a la chimenea; de espaldas hacia la habitación mantenía su mano extendida con el propósito de impedir que alguna hoja volara hacia el recinto.

El médico cayó desmayado y el anciano estaba estremecido, cerró la ventana y le colocó un paño húmedo en la frente. El joven se acercó al médico y por un momento colocó su mano en su faz.

El médico despertó diciendo:

-*“Te doy las gracias”*

Entonces el noble, gritando, dijo:

-*“A éste no, no a éste!” “¡Fue él -señalando al joven- quien ...!”*

No pudo terminar. El anciano lo detuvo por el brazo y lo jaló hacia fuera.

Al momento estaban los dos nuevamente en el bosque y cuando los primeros árboles les rodeaban, el noble se detuvo.

-*“¡Maestro de la Sabiduría, esto es demasiado!”*

-*“¡Ese joven está loco!”*

“¡Deja que se queme la obra de su vida y todavía tiene la poca vergüenza de aceptar las gracias!”

“Señor, ¿cómo puedes tolerar eso?” “Expúlsalo de tu lado porque no merece ser tu discípulo; de lo contrario yo tendré que abandonarte hoy mismo”.

El anciano se sobrecogió del susto y murmuró:

-*“¡Señor noble, detente!”*

-*“No es él el discípulo” “El discípulo soy yo” “Él ... es el Maestro del Amor”*

El noble entonces, creía que estaba soñando, y dijo tambaleándose:

-*“¿Aquél, ... el Maestro y tú ... el discípulo?”*

-*“¡Señor, si esto es Amor, y si tú eres el discípulo de ese Amor, entonces el mundo y yo estamos locos!” “¡Veo que se han burlado de mí!”. “¡Me despido ahora mismo!”.*

Y con esa decisión iba emprender la retirada.

En ese momento el joven se adelantó y le dijo:

-“Quiero darte una explicación de lo ocurrido, espera”

Su rostro estaba transformado, sus ojos resplandecientes con poderío de Sol, toda su persona respiraba gracia.

El noble enmudeció. Cuando el anciano se dio cuenta del cambio, le murmuró:

-“¿Ya creías que soy demasiado viejo para ser el discípulo de ese maestro?”

Entonces se sentaron los tres y el joven habló:

-“¿Verdad que te sorprendes de lo que hoy has visto? Y no obstante, yo, hombre débil, sólo realicé servicios de Amor”:

-“Cuando tiré el ramo de violetas tuve una buena razón. **La joven hija** de la viuda del guardabosques, que se había comprometido, guardando fidelidad a otro, se había enamorado de mi figura. Si yo me hubiera dado la vuelta una sola vez, ella habría quebrantado su compromiso para siempre tan sólo con una mirada. Por eso fui duro y servicial al Amor.

-“La **abadesa** del convento estaba completamente enmarañada de devoción dulzona y de una gran vanidad oculta. Las personas a su alrededor ya no la consideraban capaz de ninguna mal acción. Afirmaban que se había convertido en un ser angelical comparable con Santa Cecilia, ante la cual ella se arrodillaba todos los días”.

-“Tuve que despejar la atmósfera pesada y me convertí en un torpe ... por Amor”.

-“**El médico** corría peligro de “dormirse” con la escritura de libros. Esta acción no es nada nuevo para él, pues ya sabía hacerlo desde siempre. Pero, tienes que saber, -añadió el joven- que la vida nos exige cada vez algo nuevo. En este caso concreto, la vida le llamó a él para que curara a sus semejantes”.

-“Por eso dejé que se carbonizara el libro, aunque hubiera podido rescatarlo y salvarlo. Simplifiqué la sabiduría quemada en la palabra única de su nueva vida y deposité esa palabra en su cabeza. En la cabeza echará raíces, en su corazón florecerá”.

-“Mañana mismo salvaré la vida a un enfermo al que ya no quería visitar. Curará de verdad, y a la hora de su muerte bendecirá la tarde de primavera en que se quemó su libro. Así, yo fui ante él un loco, por puro Amor. He aquí su verdadero significado. Yo soy tan solo su débil siervo”.

El anciano, entonces, inclinó conmovido su cabeza diciendo:

-“¡Mi Maestro, mi Maestro!”

El noble se levantó. Para él empezaba una nueva vida:

-*"Te doy las gracias. Durante media vida me preparé, durante tres años te busqué, durante un día te miré y ahora me voy. El resto de mis años tengo todavía demasiado por hacer"*.

El joven maestro le tendió la mano y la retuvo por mucho tiempo diciendo:

-*"Vete pues y realiza buenas obras, pero reflexiona sobre tus acciones antes de cabalgar de regreso a casa"*.

Una vez más el noble se asombró y exclamó:

-*"¿Yo, cabalgar? ¿No ofrendé anoche mi caballo en los inicios de la enseñanza del Amor?"*

-*"¿Del Amor?"*

-*"Veo que mi nuevo amigo tardará más de lo que pensaba en buscar el significado de esa palabra"*.

-*"El pobre que pedía limosna al que tú regalaste tu caballo era en realidad un peligroso criminal. Tu caballo lo aprovechó para escapar de la muerte, pero ahora ya cuelga de la horca: lo apresaron en la fonda cuando pagó con un ducado de oro"*.

-*"Ve allí y encontrarás tu caballo amarrado en la calle. ¡Vete en paz, amigo mío! ¡Veo buenos caminos primaverales para el jinete y para el caballo!"*

El noble se fue y por un trecho del camino lo acompañó el anciano, el cual era joven en el aprendizaje del Amor. El silencio se había extendido. Cuando llegaron al borde del bosque vieron que la luz de la luna joven y el frío de las estrellas caían sobre la carretera. La fragancia de flores en vísperas de abrirse levantó el seno de la Tierra.

-*"Feliz caminata hacia la primavera"* -dijo el anciano saludándolo.

El noble se marchó. A cada paso pronunciaba una palabra de este poema:

*Sí, primavera,
desde hoy ya te conozco;
tú que portas la tormenta
y que con ella envías las flores.
¡Tú misma, un Maestro del Amor!*

Aportación de Petra Roque D.